

frenada clavada

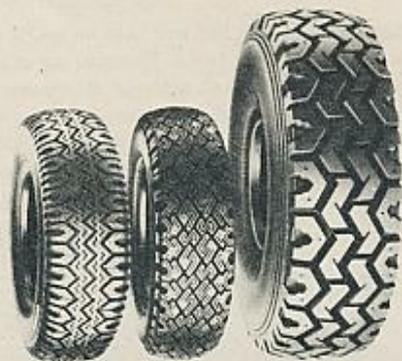
Este aviso en el coche que le precede, sobre una carretera helada, indica que va equipado con neumáticos claveteados. ¡Cuidado! Guarde más distancia, su frenada sobre hielo es muy efectiva, mientras que Vd. al frenar puede perder el control de su vehículo, y deslizándose, lanzarse sobre aquél.

El aviso se refiere únicamente a la circulación sobre hielo o nieve endurecida.

en turismo y en transporte

CINTURATO INVIERNO

el primer neumático preparado para clavos anti-hielo



PIRELLI

un neumático para cada empleo

Si Vd. equipa durante el invierno, neumáticos con clavos, pida a su proveedor el distintivo Cinturato Invierno

SENDER: PASADO Y PRESENTE

Creo conveniente hacer algunas observaciones sobre la entrevista realizada por Eduardo Castro con el novelista Ramón J. Sender y publicada en el número 529 de TRIUNFO, con el título de «En la vida de Ramón J. Sender». Por supuesto, no me refiero al contenido de las respuestas del autor de *Crónica del alba*, que corresponde ante todo a un determinado planteamiento de la entrevista y a una toma de posición que es muy libre de adoptar, sino al encuadre de la obra de Sender, e incluso de algunos aspectos de su biografía, que resulta de las notas que va intercalando el entrevistador en el curso de su diálogo con el escritor aragonés.

En primer término, quizá sin advertirlo, Castro trivializa la obra de Sender anterior a 1936. Tengamos en cuenta que de su producción durante ese período puede el lector medio español conocer *Mr. Witt en el cantón* (Alianza) y tal vez, minoritariamente, la reedición —cuya fidelidad no hemos comprobado— de *Siete domingos rojos*. Pues bien, la presentación de Castro apenas deja entrever que pudieron significar la actuación y la obra de Sender en los treinta, desdibujándolas hasta hacerle aparecer casi como un personaje marginal, incluso arrastrado por los acontecimientos: «Un buen día, Sender —con acento en la última sílaba— se vino a Madrid y se dedicó al periodismo. Otro buen día se le ocurrió escribir un libro, y descubrió entonces su propio camino. Una de sus primeras novelas, *Mr. Witt en el cantón*, le valió el Premio Nacional de Literatura en 1935. Luego vino la guerra». Claro, que cabía no decir nada, pero puestos ya a precisar acentos, pienso que la trayectoria vital se definiría, mejor que por una sucesión de ocurrencias vocacionales, por el hecho de haber sido Sender activo anarcosindicalista y corresponsal en Madrid de *Solidaridad Obrera*, editor de un periódico de frente único como *La Lucha*, colaborador asiduo en el diario *La Libertad* y autor de títulos como *Imán*, testimonio

excepcional sobre la guerra de Marruecos, *O. P. (Orden Público)* y *Siete domingos rojos*, antes del mencionado Premio Nacional de 1935, y por último, comunista problemático y discutible. Así, entre otras cosas y mirando a la transparencia de la propia entrevista, adquiriría mayor sentido la respuesta de Sender sobre su sentimiento de culpabilidad en el estallido de la guerra civil.

En cuanto a la dolorosa experiencia biográfica durante el conflicto, también creo que hubiera sido mejor guardar silencio. Por ejemplo, ¿qué significa hablar de «la indignación de los primeros días»? El propio Sender describió, no sabemos con qué exactitud, su experiencia familiar en un libro del momento, *Contraataque*, y los datos no encajan con el relato de Castro. También da a entender Castro que, tras esas primeras fechas de indignación, Sender tuvo que salir de España con

POLEMICA.

LIBROS Y PROLOGOS

«El riesgo de caer en la utopía es fabuloso», nos dice el profesor Juan Velarde Fuertes en el prólogo al libro *Una misión sin importancia* (1), de un antiguo sindicalista, Juan López, recién fallecido. Y, en efecto, tal riesgo existe, como nos demuestra el propio prólogo del citado profesor. Esta sima de la utopía es realmente un despeñadero por el que se han precipitado y se precipitan aún con ejemplo constancia ilustres historiadores, sobre todo los anglosajones, que tocan los problemas de la guerra civil española y los temas históricos sobre el Movimiento Obrero y la revolución en nuestro país. Algunos enloquecen ante la gozosa contemplación del tema a tratar, y entonces se lanzan a interpretar los datos de que disponen en un estado de suprema euforia espiritual. Otros ilustres, y otros aún menos ilustres, no se desca-

(1) Editora Nacional, 1972.

impuestas desde fuera por un movimiento más político que sindical».

Decimos una vez más que, sin ánimo de entrar en debates sobre la significación de ese sindicalismo, hemos de atenernos, empero, a los hechos escuetos: es un sindicalismo subalterno, de integración, en que podemos discernir prácticamente cuanto se nos pida: corporativismo, socialismo estatista, sindicalismo vertical, estructuras neocapitalistas, etcétera. Pero no hay la menor huella de sindicalismo revolucionario o anarcosindicalismo, porque en realidad no puede haberla. Velarde se refiere en otro pasaje a aquél como a «la amenaza anarcosindicalista» (5). Todo es perfectamente lógico.

La «Nueva Fundación» velardiana es el producto de un gran desguace indiscriminado, del que, al parecer, no escapa ni la Falange histórica, a juzgar por las declaraciones del propio Ve-

larde, recogidas por la prensa española. Esto podría llevarnos a formular una pregunta con el solo objeto de tratar de lograr alguna coherencia en el abigarrado planteamiento velardiano: si las raíces nutricias, o la razón histórica básica de que partía Velarde para arbitrar su esquema, no tienen ya razón de ser, ¿le queda algún cimiento a su Fundación, o todo se reduce al gratuito e incontestable derecho a elucubrar que a todos nos asiste? Mas sigamos con el «desguace»:

Al término del período de vigencia histórica de las dos grandes ramas del obrerismo español, socialismo y anarquismo, se produjeron múltiples intentos de desguace. Los creadores de nuevas fundaciones imaginaron poder utilizar algunos de los materiales del gran derribo, y en algunos casos lo lograron. Ahora asistimos al gran desguace que se está llevando a cabo con el socialismo desde diversos ángulos (el fenómeno no es en sí mismo malo, por lo que revela de preocupación por tal tendencia). Las concepciones

del socialismo, proclives al Estado, alentarían a caso con más facilidad esta tendencia (con las naturales reservas), pero es totalmente inviable con el anarcosindicalismo, el cual, por sus concepciones viscerales no puede asimilarse a nada en que prevalezca lo estatal. Decía un tratadista avisado, buen conocedor de estos problemas, que lo importante en el actual sindicalismo no era lo que había tomado del anarcosindicalismo, sino lo que había dejado de tomar, que es prácticamente todo. Siendo esto así, ¿qué elemento del sindicalismo revolucionario podía tomar Velarde en el «desguace» de este sector? La clave del problema nos la da él mismo en este pasaje, tomado de un apéndice de trece puntos que es, imaginamos, una especie de programa de la «Nueva Fundación» o, cuando menos, un borrador del mismo:

«8.—Secretaría General del Movimiento organizaria células sindicales procurando, con libertad, el máximo control de la línea representativa. Posiblemente habrá

que llegar a un acuerdo con los cristianos de JOC, HOAC, etcétera. Otras veces con algún grupo CNT o UGT. Otras centrales clandestinas son, en cambio, un fantasma ridículo, sin peso alguno. El desbordamiento por el PC y las tácticas de colaboración táctica de éste deberán motivar una oposición decidida al mismo. El contacto con viejos militantes de la CNT puede asegurar este paso» (6).

La destreza y desparpajo con que Velarde mueve las piezas en el tablero de su Fundación son realmente admirables. Pero ahora ya está claro que del anarcosindicalismo Velarde se queda con «algunos viejos militantes» para contender con los comunistas «dispuestos a la colaboración táctica» (también éstos tienen asignados sus movimientos en el esquema): los herederos de Bakunin y A. Lorenzo se ven promovidos a alguaciles y piquetes de vigilancia del esquema velardiano. Extraña suerte la de los viejos

rebeldes, tanto más cuanto que no habiendo en el esquema propuesto nada que les permita reconocerse en él, no les quedaría otra opción que la de desempeñar el rol de mercenarios a sueldo de empresa ajena.

Para terminar, se nos ocurren dos conclusiones: 1.ª La citada propuesta de reflexión en común y de trabajo en la «Nueva Fundación» no puede ir dirigida a los herederos de Bakunin y es absolutamente disparatada, por lo que el esfuerzo dialéctico de Velarde es gratuito. 2.ª La del respeto que creamos se debe a un sector y a unos hombres que, por encima de lo episódico, han protagonizado un rol importante en la historia del movimiento obrero español, desde la creación de la Primera Internacional en nuestro país hasta el final de la guerra civil. Aun suponiendo que admitiéramos la conclusión de James Joll, de «ofrecer flores a los rebeldes que fracasaron», esto no se podría hacer sin un cierto respeto. Señor profesor: un poco de respeto. ■ JUAN GOMEZ CASAS.

(5) Idem, pág. 292.

(6) Idem, pág. 296.

¡Abróchese el cinturón!



Este gesto tan sencillo, puede salvar su vida. Recuérdelo: cada vez que suba a su coche ¡abróchese el cinturón de seguridad!



Utilice cinturones de seguridad. Un seguro de vida que se renueva cada vez que usted se lo abrocha.

**Regale
seguridad**

CON LA COLABORACION DE LA
JEFATURA CENTRAL DE TRAFICO